Domingo 8 de setiembre de 1991

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

UNA ENTREVISTA CON FRANCIS FUKUYAMA

LA MISMA HISTORIA DE SIEMPRE

"No estoy diciendo que no pueda suceder nada más, pero me parece difícil que los principios modernos de libertad y justicia sean superados", insiste Francis Fukuyama, el pensador poshistórico y ex asesor del Departamento de Estado norteamericano, en una entrevista exclusiva con **Primer Plano** realizada por Mónica Flores Correa, en la que interpreta, a partir de sus conocidas opiniones, los recientes sucesos en la Unión Soviética. Osvaldo Bayer, en cambio, no cree que la historia haya terminado. (Páginas 2/3.)

La invención de Bartók

por Diego Fischerman (pág. 6)

El fenómeno "Fax"

por Cecilia Absatz (pág. 7)

En Carnets: Michael Cunningham, Milos Cernianski, Desmond Lowden, los best sellers.

Hubo una vez un puente

por José Nun (pág. 8)

VIEJOS ARGUMENTOS

Fukuyama

MONICA FLORES CORREA
(desde Nueva York)

El éxito de su artículo "¿El fin de la historia?", publicado por el *National Interest* a mediados de 1989, decidió al entonces funcionario del Departamento de Estado norteamericano Francis Fukuyama a renunciar a su puesto en la oficina de Planeamiento Político para regresar al espacio más recoleto del *think-tank* conservador Rand Corporation, donde había ya trabajado y donde siguió elaborando sus ideas hasta convertirlas en un libro que la editorial Free Press publicará en Estados Unidos, *El fin de la historia y el último hombre*.

Francis Fukuyama atiende el teléfono en su casa de Virginia. Acepta sin hesitar una entrevista "con un medio importante de un país nada importante" y la concede por teléfono, interferida apenas por el llanto de un bebé, su hijo . "Disculpe, estoy haciendo de baby-sitter", explica este hombre de 38 años, nacido en Chicago y educado en Yale y en Harvard, para pasar directamente a desgranar con voz suave sus opiniones actualizadas, a la luz de los últimos acontecimientos en la Unión Soviética, sobre el advenimiento de su mentado fin de la historia. "No niego que la historia tenga un componente de irracionalismo y azar, y sobre esto reflexiono en mi último trabajo", explicó el intelectual con la receptividad para el debate corriente entre sus colegas norteamericanos. "¿Por qué el último hombre? Es una expresión tomada de Nietzsche, quien decía que en el fin de la historia vivía el último hombre, un ser que el filósofo alemán despreciaba, sin aspiraciones ni ideales. De este peligro, que acecha a los que viven en democracias triunfantes, hablo en mi libro", agrega.

—¿Introdujo modificaciones a las ideas publicadas en el artículo de 1989?

—En el libro que acabo de terminar trato de dar una visión más sistemática de las razones por las que se han derrumbado los regímenes autoritarios. En la última generación, tanto los regímenes de izquierda como los de derecha han fracasado. Este derrumbe empezó en Europa con España, Portugal y Grecia; luego, durante los años ochenta, se acabaron los regímenes militares de derecha latinoamericanos, y al final de la década tuvimos la caída del comunismo. Todo esto parece indicar que hay un principio de legitimidad mundialmente reconocido en este momento, que es la democracia liberal. Creo que esa tendencia es tan fuerte que cuando (Guenadi) Yanaiev hace el intento de golpe en la Unión Soviética no lo plantea en nombre del comunismo o el socialismo, sino que habla de continuar las reformas políticas y económicas de (Mijail) Gorbachov. También pienso que es interesante observar que el golpe no fracasó únicamente por la incompetencia de quienes lo manejaron sino que había, además, un ejército sumamente dividido, con muchos integrantes que no estaban dispuestos a actuar en beneficio de ninguna idea totalitaria.

—El profesor Joseph Nye, que enseña política exterior norteamericana en Harvard, escribió una especie de respuesta a su artículo, diciendo que no terminaba la historia sino que, de alguna manera, comenzaba de nuevo. Nye dice que estamos volviendo a una época similar a la de fines del siglo pasado en Europa, cuando la lucha de los regionalismos estaba en su apogeo. En estos últimos días los acontecimientos parecieran darle más la razón a él que a usted.

—Uno puede definir la historia como más le guste. Quizá Nye no lo haga como yo y considere que es la sucesión de conflictos que ocurren. Pero yo considero la historia en el sentido hegeliano marxista, como la evolución coherente de un tipo de sociedad a otro. Es decir, desde la vida tribal y a través de diversos estadios —feudalismo, monarquía, etc.— hasta llegar a la democracia actual. En este sentido, pienso que el proceso histórico ha terminado y no creo que Nye discuta este punto, no creo que piense que hay un estadio histórico más allá de la democracia. No digo que no habrá más conflictos; eso sería absurdo. Digo: no hay más historia en el sentido hegeliano, como una evolución ulterior posible de la conciencia del hombre acerca de lo que desea como forma de gobierno.

—En una parte de su artículo usted escribió que los grupos ultranacionalistas de la Unión Soviética parecerían demostrar que la alternativa fascista no está agotada. ¿Pensó en este párrafo durante los últimos días?

—¡Sí, y mucho! Creo que existe peligro a largo plazo con el nacionalismo ruso. Pero también creo que Boris Yeltsin ha capturado brillantemente la energía de ese nacionalismo, dándole una identidad liberal y tolerante.

—¿Pero no piensa que Yeltsin es la excepción y no la regla?

—Por lo menos por ahora parece que cuenta con seguidores. Y tengo la impresión de que las repúblicas no quieren un poder que domine por encima de ellas. El nacionalismo ruso ha evolucionado mucho en los últimos diez años y creo que Yeltsin es el exponente más articulado de esta evolución, que es saludable.

—¿Cree entonces que, pese al cimbronazo último, tanto el comunismo como el fascismo están superados?

—Con respecto al comunismo, creo que es completamente imposible su retorno. Y sobre el fascismo... es cierto que es una amenaza que se puede concretar con mayor facilidad, no le voy a decir que no. Pienso, por ejemplo, en el peligro de que ocurra lo mismo que en Serbia, donde los comunistas de antaño son ahora ultranacionalistas. Los ex comunistas pueden visualizar un porvenir en el ultranacionalismo.

—Uno de los temores que sobrevuela a esta situación radica en que los soviéticos no son un pueblo acostumbrado a la libertad. Con los zares estaban fundamentalmente bajo la tiranía de la pobreza; con el comunismo, bajo otro tipo de tiranía. Ahora enfrentan el desafío de un largo invierno con graves problemas económicos. ¿No le parece que pueden volver a caer en una situación autoritaria de cualquier signo antes de lo que pensamos?

—Coincido con usted en que no tienen una gran experiencia democrática, pero creo también que en el extranjero hay un cierto prejuicio antirruso que afirma que ellos no están interesados en la democracia o que son incapaces de sostener la democracia. No me parece sensato mantener esa visión porque en los últimos años han dado pruebas de que son un pueblo mucho más moderno y europeo de lo que se creía. Están en proceso de convertirse en una sociedad del tipo de la alemana o de





La nueva ideología

OSVALDO BAYER

Ni el final de la historia ni el regreso a la prehistoria. No nos tenemos que mover ni en la euforia de los propagandistas del capitalismo que nos quieren hacer creer su triunfo definitivo —cuando no han podido resolver el problema humano ni siquiera en sus países estrellas— ni tampoco en aquellos predicadores de secta que anuncian el diluvio de fuego. Ahora ya no hay pretextos ni enemigos ocultos. Los halcones del Pentágono y de la NATO han perdido los argumentos. Existen, sí, inmensas posibilidades de un nuevo orden mundial. Pero no sobre las antiguas bases ni sobre la derrota de tal o cual ideología o del supuesto triunfo occidental y cristiano. Hay una única posibilidad de construir cimientos duraderos de un nuevo orden: poner fin al sistema consumista preconizado por los países centrales. El nuevo decálogo no debe basarse en los principios de los cuales se ha valido el capitalismo de mercado: es decir, dar movilidad a la economía sobre la base de despertar los apetitos hedonistas e individuales de las masas de los países centrales de acuerdo con los tres conocidos principios: de llenarlos de cosas inútiles; de idiotizarlos a través de los medios de comunicación y de superalimentarlos como forma de matar el aburrimiento. Los doctrinarios de la izquierda de pasadas décadas aplicaban un dejo de burla a la palabra "voluntarismo", y trataban de explicar todo sobre bases científicas deterministas a la economía y sus repercusiones en la sociedad. La prédica del voluntarismo libertario cayó en desuso hasta que el planeta mostró sus límites. Hoy, sin la palabra solidaridad, sin la defensa de los derechos humanos sociales, no puede haber nuevo orden ni perspectivas para el mundo. La nueva ideología que debe conducir esta etapa que inicia la historia es la "autodisciplinización" de las sociedades para responder a los desafíos del futuro. Autodisciplina en vista de la progresiva destrucción de la atmósfera terrestre, la contaminación de las aguas continentales, la erosión de regiones enteras, el crecimiento explosivo de la población, la corriente sin fin de los fugitivos de la pobreza. Esto, sólo para hablar de los riesgos que corren los países centrales, porque el transatlántico de lujo no puede aislarse del mar, ni del cielo, ni de los puertos, ni de los polizones. Los problemas del Sur no les interesan demasiado: al hambre de las regiones pobres tratan de arreglarla con unos paquetes, mientras les siguen vendiendo armas —aun después del Golfo— a las elites corrompidas de la periferia.

PARA NUEVAS SITUACIONES

no se rinde

la francesa. Creo que es un error considerar que son buenos sólo para el autoritarismo. Además, no pienso que un largo invierno de estrecheces sea razón suficiente para que la democracia no funcione. Asimismo, aunque se ha retaceado la ayuda económica, los países occidentales están dispuestos a cooperar. No van a permitir que esta posibilidad de democratizar a la Unión Soviética se arruine porque los soviéticos solos no pueden enfrentar algunos de sus problemas.

—¿Por qué cree que no va a haber más búsqueda o exploración en las sociedades, que la humanidad va a quedarse en esa situación definitiva, democrática y liberal que describe en su artículo?

—Creo que esta tendencia comienza con las revoluciones francesa y norteamericana, en las que se establecieron los principios esenciales de la democracia: libertad e igualdad. Me parece que estos principios, a lo largo de doscientos años, han probado que son superiores a cualquier otro. Nadie ha podido criticarlos en forma significativa. Marx lo intentó pero, a mi entender, en última instancia su crítica fracasó. Ahora los críticos dicen que estos principios no han sido cumplidos, que todavía hay pobreza, desigualdad, pero nadie va contra ellos. Si hablamos de exploración o búsqueda, creo que es posible concretarlos más acabadamente, pero no pienso que cambien.

—¿No podría suceder que en un cierto tiempo estos valores se volvieran triviales, permitiendo la aparición de una figura talentosa pero oportunista, una especie de César cruzando el Rubicón?

—Es posible, no digo que no. La gente se aburre de la prosperidad y la paz después de un tiempo. Y puede ser que aparezcan figuras políticas que capitalicen ese aburrimiento para su provecho. En cierto sentido es lo que sucedió en la Primera Guerra Mundial, que fue una suerte de reacción contra el aburrimiento impuesto por la burguesía próspera de fin de siglo.

—Aunque su ensayo tiene muchos puntos sensatos y atendibles, da la impresión de que comparte los mismos defectos que poseen la mayoría de las teorías de los expertos en ciencias políticas, que pecan de un exceso de racionalismo y determinismo. Usted describe un rosado escenario, tan maravilloso como el de los marxistas cuando prometían que todo el mundo sería feliz en cuanto se instaurase la dictadura del proletariado.

—Si la gente va a ser feliz o no sigue siendo una pregunta abierta. Además, si usted recuerda la conclusión de mi artículo, digo que a lo mejor el mundo se convierte en un lugar tan aburrido que va a ser necesario comenzar la historia nuevamente. No estoy diciendo que no pueda suceder nada más, pero me parece difícil que los principios de libertad y justicia que existen en los tiempos modernos sean superados. No descarto el factor irracional que hay en la política y, de alguna manera, sobre esto también trata mi libro. Hay partes de la personalidad humana que no se sienten satisfechas simplemente con la paz y la prosperidad, como ya señalé antes.

—¿Qué lugar le asigna a la justicia en su teoría?

—No sé qué quiere decir usted con el término justicia. Si por justicia se entiende una democracia estable en sí misma, creo que esto ya constituye una gran parte de justicia al enfrentarse al totalitarismo que viola los derechos humanos y no garantiza las libertades básicas. Pero mucha gente asocia el término justicia con lo que puede ser justicia económica.

—De eso estoy hablando.

—Bueno, si se permite que el capitalismo opere, pienso que se puede lograr cierto grado de justicia, de igualdad. Si pensamos en Latinoamérica, este concepto se hace bastante evidente. Las economías allí han estado orientadas hacia el Estado y centralizadas, con alto grado de ineficiencia técnica y desaprovechamiento de los recursos. Finalmente se está produciendo una especie de revolución económica en Latinoamérica. En México, desde que el presidente Salinas llegó al poder, ha implementado una serie de reformas económicas liberales que permitirán que su país entre en el capitalismo, en lugar de ser una economía mercantilista estatista. El producto bruto de México está creciendo, la inflación baja y la deuda externa disminuye. Menem está tratando de hacer algo parecido en la Argentina, privatizando y con reformas de parecido tenor, y lo mismo Collor de Mello en Brasil. Me parece que con estas reformas estructurales, en la próxima década la vida económica de Latinoamérica se desarrollará como en los países asiáticos. Pueden salir en una generación de un atraso de siglos, como es el caso de Singapur.

—Según usted, el capitalismo puede ofrecer entonces una equilibrada distribución de riqueza.

—Definitivamente, creo que sí. Países como Corea, Japón, Taiwán tienen ahora un ingreso mucho mayor per capita, que ha dado mayor igualdad. En Corea los trabajadores tienen acceso a una parte mucho mayor del producto bruto nacional que la que tenían hace quince o veinte años. Si usted tiene reales economías liberales, la distribución de ingresos tiende a equilibrarse.

—Y la lucha de clases tiende a desaparecer, como señala en su artículo, aunque esta afirmación parece un poco cándida, porque la lucha de clases no la inventó el marxismo. Es como decir que los instintos agresivos del hombre van a desaparecer.

—Yo me refería exclusivamente en un sentido marxista. En Europa y en países como Japón, el tema "clases" se ha vuelto irrelevante, desde que el trabajador no se encuentra estigmatizado con una situación de pobreza. Pero sí creo que la lucha y la confrontación van a continuar, bajo otras formas. En Estados Unidos puede ser entre blancos y negros, mujeres y hombres, homosexuales y heterosexuales. Subyacente a todos estos conflictos hay una pasión por la igualdad que, según escribió Tocqueville, es la característica más importante de las sociedades democráticas.

—Supongo que usted no está de acuerdo con Michel Foucault cuando dice que la historia es la construcción subjetiva de una clase dominante.

—(Se ríe) No, claro que no. Todas las historias comienzan como la construcción de una clase dirigente, pero esto no se mantiene para siempre porque hay un proceso de debate, razonamiento e interacciones que modifica esta circunstancia primitiva y que libera a la historia de esta intepretación de dicha clase.

—¿Estuvo alguna vez en Latinoamérica?

—He estado en México y, en la primavera pasada, muy brevemente en Brasil.

—Tal vez, si se da otra vuelta, compruebe que lo que dice Foucault no está tan equivocado.

—(Se ríe) De acuerdo.

de la nueva historia

El preconizado reformismo de la denominada izquierda democrática sólo ayudó a apuntalar aún más al capitalismo dándole un rostro seudobenevolente y cínico mientras llevaba al mundo a su autodestrucción. El comunismo totalitario le dio las armas ideológicas para que lo aislara y lograra un perverso triunfo. Las grandes iglesias cristianas navegan entre el irracionalismo más ñoño y la contemplatividad. Pero ese tiempo debe acabar, todos tienen que dar un salto hacia adelante sobre la base de un ordenamiento económico que contemple los intereses del mundo en su integridad y que permita la dignidad aun en el último rincón del mundo, y de un ordenamiento político que garantice los derechos humanos, políticos y sociales, que anule la proliferación de guerras locales, que elimine o administre las armas atómicas que no pueden quedar en manos de cuatro o cinco potencias.

Sin duda alguna todo esto tiene que llevarlo a cabo un organismo mundial. ¿Naciones Unidas? Sí, pero no con potencias con derecho a veto. En ese sentido, el primer paso positivo sería el ingreso ya, como miembros permanentes del Consejo de Seguridad, de Brasil y la India, por ser representantes típicos de países con los problemas clásicos del capitalismo periférico. Y llegar a un sistema que prevenga conflictos, con mecanismos de urgencia. Pero no como en el Golfo. Precisamente debe tomarse ese ejemplo para no repetirlo.

Para esto hay que empezar por democratizar a los gobiernos que se dicen democráticos y, a su vez, para que esto se produzca, los pueblos pobres tienen que salir a la calle a reclamar por su derecho a la vida, y los pueblos ricos tienen que salir a la calle a reclamar por el derecho a vivir de sus futuros hijos y nietos.

Esta tarea enorme para fundar una historia humana y solidaria debe ser iniciada por todos aquellos grupos populares que ya tienen conciencia de lo inmoral del consumismo capitalista. Así como fueron pocos los que empezaron a denunciar los ataques a la ecología del industrialismo, así, desde abajo, debe comenzar el esclarecimiento contra ese consumismo superficial, egoísta y enemigo de la vida.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	5
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes: las ficciones de la vida real.	2	4
3	*La hoguera de las vanidades*, por Tom Wolfe (Anagrama, 350.000 australes). El maestro del nuevo periodismo compone un retrato absoluto de la Nueva York de los '80 enfrentando a tres grupos de la sociedad: los "yuppies" de Park Avenue, los marginales del Bronx y los arribistas del periodismo y el foro.	—	14
4	*Historia argentina*, por Rodrigo Fresán (Planeta, 110.000 australes). Desaparecidos, montoneros, rockeros vernáculos, gauchos, Malvinas, Evita y Lawrence de Arabia unidos en una versión distinta de la historia patria.	6	13
5	*La mano del amo*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 117.600 australes). La relación entre un cantante y su madre feroz, aliada a una manada de gatos, refleja las tragedias de la opresión familiar y del artista que no consigue llegar a ninguna parte.	5	7
6	*Cementerio para lunáticos*, por por Ray Bradbury (Emecé, 120.000 australes). Un cadáver aparece en un estudio de Hollywood. Corren los años '50 y el protagonista deberá mezclarse con un excéntrico grupo de personajes ligados a la industria del cine para resolver el crimen.	—	1
7	*Fruta prohibida*, por Jeanette Winterson (Sudamericana, 112.000 australes). Jeanette huye de sus padres adoptivos, una pareja de furiosos cristianos carismáticos. Primera y autobiográfica novela de la autora de *La pasión*.	7	3
8	*Cuentos orientales*, por Marguerite Yourcenar (Alfaguara, 110.000 australes). Melancólicas leyendas orientales pasadas en limpio con reverencia oriental por la autora de *Memorias de Adriano* y *Opus Nigrum*.	—	1
9	*La conjura sixtina*, por Philippe Vanderberg (Planeta, 126.000 australes). Bajo los frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina se ocultan cifras y signos que revelan conjuras pasadas e inminentes.	—	5
10	*Bajo bandera*, por Guillermo Saccomanno (Planeta, 110.000 australes). La vera crónica de un rito iniciático argentino: el servicio militar. Saccomanno —soldado clase '69— construye un libro que, según Osvaldo Soriano, "da risa y espanto... se lee con un nudo en la garganta, entre risas y sobresaltos".	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas onda y poder mental.	2	10
2	*Historia de la vida privada* (tomo 10), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 264.000 australes). Un estudio sobre las diversidades culturales del siglo XX: la idea católica del pecado, la condición del judío y del inmigrante en Francia, y el modelo sueco de vida.	1	9
3	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga. (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	3	3
4	*El cambio del poder*, por Alvin Toffler (Plaza y Janés, 367.500 australes). El apogeo de los regionalismos, la recomposición del mapa político europeo, el crecimiento del Japón y todos los otros nuevos vientos del mundo según el futurólogo más cotizado del presente.	6	14
5	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	—	14
6	*Historia de la vida privada* (tomo 9), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 339.000 australes). La comunicación y la censura en el siglo XX. Todos los conflictos que la sociedad occidental plantea entre lo que se puede decir y no se puede decir.	10	12
7	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	4	9
8	*Soy Roca*, por Félix Luna (Sudamericana, 161.700 australes). Biografía narrada en primera persona, con vitalidad novelesca del caudillo que fijó las bases de la Argentina moderna.	7	14
9	*Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, con prólogo de Ernesto Sabato (Eudeba, 180.000 australes). Los horrores de la década más sangrienta de la historia argentina en la minuciosa enumeración que se completó en setiembre de 1984.	5	4
10	*Asalto a la ilusión*, por Joaquín Morales Solá (Planeta, 132.300 australes). Los años de la democracia y la trastienda de la vida política reconstruidos por uno de los más lúcidos periodistas políticos. Un best-seller que lleva ya casi un año en las listas.	10	14

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro/Kotzer (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Robertson Davies: **La lira de Orfeo** (Javier Vergara Editor). Volumen que concluye la Trilogía Cornish —*Angeles rebeldes* y *La memoria de la sangre*— con el ya conocido grupo de excéntricos *scholars* ocupados ahora en la puesta de una ópera inconclusa de E.T.A. Hoffman. La inmortalidad del arte y sus propiedades modificadoras de la naturaleza humana vuelven a ser el telón de fondo en que este escritor canadiense —justamente comparado con Dickens y Chesterton— proyecta innumerables episodios y delirios varios que parecen justificar el estado caótico de nuestro mundo.

Patricia Highsmith: **Carol** (Anagrama). Publicada originalmente en los '50 bajo seudónimo y con el nombre de *El precio de la sal*, ésta es la primera novela de la creadora del infalible Ripley. Crónica de la pasión que une a una vendedora con una aristócrata, fue —en su momento— catalogada como "la primera historia de amor homosexual que termina bien". No hay crímenes aquí, pero sí se encuentran presentes la tensión caraterística en los thrillers de la autora y ese sentimiento sobre el que construyó casi toda su obra: la culpa.

Carnets///

FICCION

Trío



UNA CASA EN EL FIN DEL MUNDO, por Michael Cunningham. Editorial Planeta, 383 páginas. ₳ 140.000.

Bobby ama a Jonathan. Jonathan ama a Bobby. Clare ama a Bobby y a Jonathan. Jonathan y Bobby aman a Clare. Contada así —como si se tratara de un teorema o una ecuación matemática— parece sencillo. Pero en la vida real no lo es tanto. Y las idas y venidas de este triángulo amoroso son, ante todo, la vida real, lo cotidiano hecho literatura como pocas veces se había visto antes.

Una casa en el fin del mundo es la segunda novela de Michael Cunningham (EE.UU., 1953). La primera —*Golden States*— pasó tan inadvertida para el público lector que muchos prefieren negarla emprolijando así la típica odisea con final feliz que tanto conmueve a la hora de ir a contar la biografía a un programa tipo Johnny Carson: el joven Michael Cunningham tuvo una espectral granja en Nebraska, casi enloquece de angustia en las fronteras de los treinta años, heredó 4000 dólares, se recluyó en una caverna con vista al Egeo, trabajó como barman y vivió con dos mujeres antes de aceptar su homosexualidad y publicar "White Angel" —cuento que cambiaría para siempre su vida— en las consagratorias páginas del *New Yorker*.

"Me dije que el *New Yorker* no podía comprar una historia que incluía a un chico de nueve años aficionado al LSD, una escena de sexo en un cementerio y una muerte violenta", recuerda Cunningham. Sin embargo, la revista dio el OK y, de improviso, los agentes literarios comenzaron a llamar por teléfono y las palabras "nuevo Salinger a la vista" se oyeron con claridad de satori por los pasillos de las editoriales norteamericanas.

Entre las páginas 30 y 50 de *Una casa...* se alza aquel "White Angel" que tanto revuelo causó. Se descubre entonces que el entusiasmo estaba plenamente justificado. Se descubre también que la novela de Cunningham se construye a partir de este episodio fundamental con la misma y fluida arquitectura de una piedra arrojada a un estanque: "White Angel" es el irrepetible momento del impacto y lo que sigue es la onda expansiva, círculos en el agua cada vez más amplios que, en *Una casa...*, se traducen en incursiones casi secretas al fondo de los personajes protagónicos.

Al fondo de la historia doméstica funciona la historia a secas: el libro de Cunningham se apoya contra veinticinco años de historia norteamericana que van desde la puesta en marcha de la nación de Woodstock en los 60 hasta la llegada del SIDA y el fin de los 80. La sombra del virus invade las últimas cien páginas del libro con la misma confiada parsimonia de la Muerte Roja de Poe. Ni siquiera se menciona su nombre pero ahí está, inmiscuyéndose en la cabeza de los tres narradores sin que ninguno se atreva a admitir su llegada. Lo que no significa que *Una casa...* sea una novela sobre la cultura gay en Estados Unidos —como ocurre con las de White o Leavitt— o un prolijo análisis del espanto y la inmunodeficiencia. El drama se desarrolla aquí del mismo modo que explota la felicidad: a partir de detalles y capas y voces que son siempre la voz del autor y que se van acumulando hasta lograr la verdadera textura de lo cotidiano. La música de Dylan, Van Morrison y Hendrix funciona entonces como una más que apropiada banda de sonido a la hora de seguir los pasos de los dos jóvenes de Cleveland que emigran a Nueva York y conocen a una ex hippie desesperada y excéntrica a la que, finalmente, sólo le interesa tener un hijo.

Ningún elogio es suficiente a la hora de celebrar la prosa de Cunningham. El autor —como Ethan Canin en *El emperador celeste* (Montesinos) y Dennis McFarland en *La sala de música* (Emecé)— desdeña los áridos rigores del minimalismo y se preocupa por detallar hasta el último viejo sentimiento y los ingredientes que conforman la receta de una nueva idea a medio cocinar de sus protagonistas, conduciendo al lector con la experiencia que sólo se consigue después de haberse golpeado la cabeza contra las paredes. Cunningham admite haber pasado seis años —"espantosos en su mayoría"— escribiendo *Una casa...* "El problema es que lleva tanto tiempo escribir una novela que cuando se llega al final uno ya es otra persona", dijo hace poco y agregó que "espero estar de vuelta antes del '95".

Mientras tanto y hasta entonces quedan las limpias y bien iluminadas habitaciones de esta casa armando el plano de una de las mejores novelas norteamericanas que han aparecido en mucho tiempo. Uno de esos libros que obligan sin esfuerzo al constante subrayar de párrafos y a la relectura esclarecedora:

"Yo deseaba una vida estable y a la vez emocionante. Piensen en Van Gogh, cipreses y torres de iglesia bajo un cielo de serpientes que se retuercen", confiesa Clare.

"Al cabo de un rato nos fuimos del cementerio. Debería haber más que decir o hacer, pero los muertos son un tema difícil. Lo más notable de ellos es su constancia. Seguirán muertos de la misma manera dentro de mil años... Por un momento pude imaginar lo que sería ser un fantasma, caminar para siempre por un silencio más profundo que el silencio, ver las luces de casa pero no llegar nunca del todo a ellas", reflexiona Jonathan.

"De vez en cuando sintonizamos un canal vacilante y blancuzco en el cable que resulta estremecedor; parecen hombres y mujeres andando, sólo andando, por un campo vacío. Podría ser una emisión que hemos captado por error de un mundo que no debemos ver", teoriza Bobby.

Con emoción, constancia y visiones de un mundo que muchos prefieren negar, *Una casa...* conmueve hasta sus últimos rincones, donde la imagen de un bautismo final justifica tantos kilómetros recorridos por Jonathan, Bobby y Clare, haciendo ley inamovible lo que ya leímos en el corazón mismo del libro y que bien podría señalarse como el credo personal y profesional de Michael Cunningham: "Nos convertimos en las historias que contamos de nosotros mismos".

De eso se trata la vida, de eso se trata la literatura.

RODRIGO FRESAN



Cernianski, artífice de una novela p
tradicional inaugurando la narrativ

Con el del Da

MIGRACIONES, por Milos Cernianski. Tusquets ediciones, 919 páginas. ₳ 440.000.

Las novelas tradicionales de corte decimonónico suelen tener pros y contras para el lector actual. Tanto unos como otros se intensifican si éstas son históricas y están inundadas de rasgos épicos. Y más todavía si, en una de esas trampas que a veces les hace el tiempo, fueron escritas en pleno siglo XX, como ocurre con esta novela.

Migraciones se empezó a escribir en Berlín, en 1919, cuando su autor —Milos Cernianski (1893-1976), serbio para más datos— fue nombrado agregado de prensa en aquella ciudad de la recién formada, y ahora en aparente disgregación, república de Yugoslavia. Le llevó veinte años completarla y sus casi mil páginas son un claro ejemplo de laboriosidad artesanal —uno se imagina a Cernianski, sentado en un rincón, tejiendo un tapiz, su obra, punto por punto— con que se tomó su trabajo.

Sin embargo, desde la primera página queda en claro que se trata de una obra anacrónica, llegada para ajustar cuentas con el espacio vacante que había quedado en la literatura escrita en serbo-croata desde el siglo anterior. Es decir, que esta novela acarrea la extraña paradoja de cerrar una novelística tradicional (que no contaba con una obra tan ambiciosa ni de tales magnitudes), por un lado, y de fundar muy tardíamente, a su vez, una narrativa serbia al transformarse en su obra cumbre y referente obligado.

Sin embargo, no podemos olvidar que, si bien la obra tiene algo de la magnificencia de un fresco tolstoiano, cuando Cernianski garabatea sus últimas cuartillas, el revolucionario Joyce hacía ya 8 años que había muerto.

La acción de la novela se inicia en 1744 y finaliza en 1753, aunque el último capítulo es una suerte de racconto que rastrea la cronología de los serbios en sus idas y venidas hasta el 1900.

El argumento tiene todos los condimentos trágicos y la estructura clásica de las novelas del siglo XIX. Una

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	5
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes: las ficciones de la vida real.	2	4
3	*La hoguera de las vanidades*, por Tom Wolfe (Anagrama, 350.000 australes). El maestro del nuevo periodismo compone un retrato absoluto de la Nueva York de los '80 enfrentando a tres grupos de la sociedad: los "yuppies" de Park Avenue, los marginales del Bronx y los arribistas del periodismo y el foro.	—	14
4	*Historia argentina*, por Rodrigo Fresán (Planeta, 110.000 australes). Desaparecidos, montoneros, rockeros vernáculos, gauchos, Malvinas, Evita y Lawrence de Arabia unidos en una versión distinta de la historia patria.	6	13
5	*La mano del amo*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 117.600 australes). La relación entre un cantante y su madre feroz, aliada a una manada de gatos, refleja las tragedias de la opresión familiar y del artista que no consigue llegar a ninguna parte.	5	7
6	*Cementerio para lunáticos*, por por Ray Bradbury (Emecé, 120.000 australes). Un cadáver aparece en un estudio de Hollywood. Corren los años '50 y el protagonista deberá mezclarse con un excéntrico grupo de personajes ligados a la industria del cine para resolver el crimen.	—	1
7	*Fruta prohibida*, por Jeanette Winterson (Sudamericana, 112.000 australes). Jeanette huye de sus padres adoptivos, una pareja de furiosos cristianos carismáticos. Primera y autobiográfica novela de la autora de *La pasión*.	7	3
8	*Cuentos orientales*, por Marguerite Yourcenar (Alfaguara, 110.000 australes). Melancólicas leyendas orientales pasadas en limpio con reverencia oriental por la autora de *Memorias de Adriano* y *Opus Nigrum*.	—	1
9	*La conjura sixtina*, por Philippe Vanderberg (Planeta, 126.000 australes). Bajo los frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina se ocultan cifras y signos que revelan conjuras pasadas e inminentes.	—	5
10	*Bajo bandera*, por Guilermo Saccomanno (Planeta, 110.000 australes). La vera crónica de un rito iniciático argentino: el servicio militar. Saccomanno —soldado clase '69— construye un libro que, según Osvaldo Soriano, "da risa y espanto... se lee con un nudo en la garganta, entre risas y sobresaltos".	—	1

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas onda y poder mental.	2	10
2	*Historia de la vida privada* (tomo 10), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 264.000 australes). Un estudio sobre las diversidades culturales del siglo XX: la idea católica del pecado, la condición del judío y del inmigrante en Francia, y el modelo sueco de vida.	1	9
3	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga. (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	3	3
4	*El cambio del poder*, por Alvin Toffler (Plaza y Janés, 367.500 australes). El apogeo de los regionalismos, la recomposición del mapa político europeo, el crecimiento del Japón y todos los otros nuevos vientos del mundo según el futurólogo más cotizado del presente.	6	14
5	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	—	14
6	*Historia de la vida privada* (tomo 9), dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby (Taurus, 339.000 australes). La comunicación y la censura en el siglo XX. Todos los conflictos que la sociedad occidental plantea entre lo que se puede decir y no se puede decir.	10	12
7	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	4	9
8	*Soy Roca*, por Félix Luna (Sudamericana, 161.700 australes). Biografía narrada en primera persona, con vitalidad novelesca del caudillo que fijó las bases de la Argentina moderna.	7	14
9	*Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, con prólogo de Ernesto Sabato (Eudeba, 180.000 australes). Los horrores de la década más sangrienta de la historia argentina en la minuciosa enumeración que se completó en setiembre de 1984.	5	4
10	*Asalto a la ilusión*, por Joaquín Morales Solá (Planeta, 132.300 australes). Los años de la democracia y la trastienda de la vida política reconstruidos por uno de los más lúcidos periodistas políticos. Un best-seller que lleva ya casi un año en las listas.	10	14

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro/Kotzer (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Robertson Davies: **La lira de Orfeo** (Javier Vergara Editor). Volumen que concluye la Trilogía Cornish —*Angeles rebeldes* y *La memoria de la sangre*— con el ya conocido grupo de excéntricos *scholars* ocupados ahora en la puesta de una ópera inconclusa de E.T.A. Hoffman. La inmortalidad del arte y sus propiedades modificadoras de la naturaleza humana vuelven a ser el telón de fondo en que este escritor canadiense —justamente comparado con Dickens y Chesterton— proyecta innumerables episodios y delirios varios que parecen justificar el estado caótico de nuestro mundo.

Patricia Highsmith: **Carol** (Anagrama). Publicada originalmente en los '50 bajo seudónimo y con el nombre de *El precio de la sal*, ésta es la primera novela de la creadora del infalible Ripley. Crónica de la pasión que une a una vendedora con una aristócrata, fue —en su momento— catalogada como "la primera historia de amor homosexual que termina bien". No hay crímenes aquí, pero sí se encuentran presentes la tensión carateristica en los thrillers de la autora y ese sentimiento sobre el que construyó casi toda su obra: la culpa.

Carnets///

FICCION

Trío

UNA CASA EN EL FIN DEL MUNDO, por Michael Cunningham. Editorial Planeta, 383 páginas. ₳ 140.000.



Bobby ama a Jonathan. Jonathan ama a Bobby. Clare ama a Bobby y a Jonathan. Jonathan y Bobby aman a Clare. Contada así —como si se tratara de un teorema o una ecuación matemática— parece sencillo. Pero en la vida real no lo es tanto. Y las idas y venidas de este triángulo amoroso son, ante todo, la vida real, lo cotidiano hecho literatura como pocas veces se había visto antes.

Una casa en el fin del mundo es la segunda novela de Michael Cunningham (EE.UU., 1953). La primera —*Golden States*— pasó tan inadvertida para el público lector que muchos prefieren negarla emprolijando así la típica odisea con final feliz que tanto conmueve a la hora de ir a contar la biografía a un programa tipo Johnny Carson: el joven Michael Cunningham tuvo una espectral granja en Nebraska, casi enloquece de angustia en las fronteras de los treinta años, heredó 4000 dólares, se recluyó en una caverna con vista al Egeo, trabajó como barman y vivió con dos mujeres antes de aceptar su homosexualidad y publicar "White Angel" —cuento que cambiaría para siempre su vida— en las consagratorias páginas del *New Yorker*.

"Me dije que el *New Yorker* no podía comprar una historia que incluía a un chico de nueve años aficionado al LSD, una escena de sexo en un cementerio y una muerte violenta", recuerda Cunningham. Sin embargo, la revista dio el OK y, de improviso, los agentes literarios comenzaron a llamar por teléfono y las palabras "nuevo Salinger a la vista" se oyeron con claridad de satori por los pasillos de las editoriales norteamericanas.

Entre las páginas 30 y 50 de *Una casa...* se alza aquel "White Angel" que tanto revuelo causó. Se descubre entonces que el entusiasmo estaba plenamente justificado. Se descubre también que la novela de Cunningham se construye a partir de este episodio fundamental con la misma y fluida arquitectura de una piedra arrojada a un estanque: "White Angel" es el irrepetible momento del impacto y lo que sigue es la onda expansiva, círculos en el agua cada vez más amplios que, en *Una casa...*, se traducen en incursiones casi secretas al fondo de los personajes protagónicos.

Al fondo de la historia doméstica funciona la historia a secas: el libro de Cunningham se apoya contra veinticinco años de historia norteamericana que van desde la puesta en marcha de la nación de Woodstock en los 60 hasta la llegada del SIDA y el fin de los 80. La sombra del virus invade las últimas cien páginas del libro con la misma confiada parsimonia de la Muerte Roja de Poe. Ni siquiera se menciona su nombre pero ahí está, inmiscuyéndose en la cabeza de los tres narradores sin que ninguno se atreva a admitir su llegada. Lo que no significa que *Una casa...* sea una novela sobre la cultura gay en Estados Unidos —como ocurre con las de White o Leavitt— o un prolijo análisis del espanto y la inmunodeficiencia. El drama se desarrolla aquí del mismo modo que explota la felicidad: a partir de detalles y capas y voces que son siempre la voz del autor y que se van acumulando hasta lograr la verdadera textura de lo cotidiano. La música de Dylan, Van Morrison y Hendrix funciona entonces como una más que apropiada banda de sonido a la hora de seguir los pasos de los dos jóvenes de Cleveland que emigran a Nueva York y conocen a una ex hippie desesperada y excéntrica a la que, finalmente, sólo le interesa tener un hijo.

Ningún elogio es suficiente a la hora de celebrar la prosa de Cunningham. El autor —como Ethan Canin en *El emperador celeste* (Montesinos) y Dennis McFarland en *La sala de música* (Emecé)— desdeña los áridos rigores del minimalismo y se preocupa por detallar hasta el último viejo sentimiento y los ingredientes que conforman la receta de una nueva idea a medio cocinar de sus protagonistas, conduciendo al lector con la experiencia que sólo se consigue después de haberse golpeado la cabeza contra las paredes. Cunningham admite haber pasado seis años —"espantosos en su mayoría"— escribiendo *Una casa...* "El problema es que lleva tanto tiempo escribir una novela que cuando se llega al final uno ya es otra persona", dijo hace poco y agregó que "espero estar de vuelta antes del '95".

Mientras tanto y hasta entonces quedan las limpias y bien iluminadas habitaciones de esta casa armando el plano de una de las mejores novelas norteamericanas que han aparecido en mucho tiempo. Uno de esos libros que obligan sin esfuerzo al constante subrayar de párrafos y a la relectura esclarecedora:

"Yo deseaba una vida estable y a la vez emocionante. Piensen en Van Gogh, cipreses y torres de iglesia bajo un cielo de serpientes que se retuercen", confiesa Clare.

"Al cabo de un rato nos fuimos del cementerio. Debería haber más que decir o hacer, pero los muertos son un tema difícil. Lo más notable de ellos es su constancia. Seguirán muertos de la misma manera dentro de mil años... Por un momento pude imaginar lo que sería ser un fantasma, caminar para siempre por un silencio más profundo que el silencio, ver las luces de casa pero no llegar nunca del todo a ellas", reflexiona Jonathan.

"De vez en cuando sintonizamos un canal vacilante y blancuzco en el cable que resulta estremecedor; parecen hombres y mujeres andando, sólo andando, por un campo vacío. Podría ser una emisión que hemos captado por error de un mundo que no debemos ver", teoriza Bobby.

Con emoción, constancia y visiones de un mundo que muchos prefieren negar, *Una casa...* conmueve hasta sus últimos rincones, donde la imagen de un bautismo final justifica tantos kilómetros recorridos por Jonathan, Bobby y Clare, haciendo ley inamovible lo que ya leímos en el corazón mismo del libro y que bien podría señalarse como el credo personal y profesional de Michael Cunningham: "Nos convertimos en las historias que contamos de nosotros mismos".

De eso se trata la vida, de eso se trata la literatura.

RODRIGO FRESAN



Cernianski, artífice de una novela paradójica que cierra la escuela tradicional inaugurando la narrativa serbia.

Con el ritmo del Danubio

MIGRACIONES, por Milos Cernianski. Tusquets ediciones, 919 páginas. ₳ 440.000.

Las novelas tradicionales de corte decimonónico suelen tener pros y contras para el lector actual. Tanto unos como otros se intensifican si éstas son históricas y están inundadas de rasgos épicos. Y más todavía si, en una de esas trampas que a veces les hace el tiempo, fueron escritas en pleno siglo XX, como ocurre con esta novela.

Migraciones se empezó a escribir en Berlín, en 1919, cuando su autor —Milos Cernianski (1893-1976), serbio para más datos— fue nombrado agregado de prensa en aquella ciudad de la recién formada, y ahora en aparente disgregación, república de Yugoslavia. Le llevó veinte años completarla y sus casi mil páginas son un claro ejemplo de laboriosidad artesanal —uno se imagina a Cernianski, sentado en un rincón, tejiendo un tapiz, su obra, punto por punto— con que se tomó su trabajo.

Sin embargo, desde la primera página queda en claro que se trata de una obra anacrónica, llegada para ajustar cuentas con el espacio vacante que había quedado en la literatura escrita en serbo-croata desde el siglo anterior. Es decir, que esta novela acarrea la extraña paradoja de cerrar una novelística tradicional (que no contaba con una obra tan ambiciosa ni de tales magnitudes), por un lado, y de fundar muy tardíamente, a su vez, una narrativa serbia al transformarse en su obra cumbre y referente obligado.

Sin embargo, no podemos olvidar que, si bien la obra tiene algo de la magnificencia de un fresco tolstoiano, cuando Cernianski garabatea sus últimas cuartillas, el revolucionario Joyce hacía ya 8 años que había muerto.

La acción de la novela se inicia en 1744 y finaliza en 1753, aunque el último capítulo es una suerte de raccontо que rastrea la cronología de los serbios en sus idas y venidas hasta el 1900.

El argumento tiene todos los condimentos trágicos y la estructura clásica de las novelas del siglo XIX. Una infinidad de personajes secundarios y algunos personajes principales desgarrados existencialmente van entrecruzando sus historias particulares con la otra protagonista: la Historia. Un guerrero que se debate conduciendo un regimiento de serbios al servicio de los austríacos; una esposa que se hiere de muerte (estando embarazada, la pobre) por haber practicado el adulterio con el hermano de aquél, un mercader codicioso; una tierra acechada por los turcos; la búsqueda de un imperio sobrenatural, el de Rusia, son algunos de los tantos elementos que se conjugan en la trama.

Podemos contraponer esta *Migraciones* a otra obra de la misma cultura que circula entre nosotros actualmente: el *Diccionario Jázaro*, de Mirolav Pavic (Anagrama). Mientras esta última novela parece jugar, casi borgeanamente, con ficciones y culturas, con una literatura que se mueve entre la vanguardia y lo clásico en lo narrado, *Migraciones* se ofrece como un catálogo de reminiscencias añejas donde se plasman, bajo un barniz realista que se vuelve épico, todos los elementos que hacen al romanticismo más convencional: descripción de paisajes que se parecen demasiado a los estados de ánimo de los personajes; un negativismo cósmico que atraviesa todas las acciones que están destinadas al fracaso más cruel; un estilo muy adornado y adjetivado, pero lleno de lugares comunes.

Cernianski fue hecho prisionero en 1914 durante la Primera Guerra, fue enrolado en el ejército austríaco y debió luchar contra su propio país. No es extraño, entonces, que haya novelizado las absurdas contradicciones de su pueblo, que se parecen bastante a la que él mismo vivió en carne propia. Contradicciones que de un modo mucho más actual reelaborarán escritores de posguerra como Danilo Kis o Dragoslav Mihailovic.

Mientras tanto, los lectores que saben disfrutar de las novelas casi, casi infinitas pueden embarcarse en esta historia que, más allá de todos los clichés neorrománticos de que hace gala, parece discurrir con el lento ritmo del Danubio del que se habla en sus páginas.

P. B. REY

El gordito y el lobo

CONO DE SOMBRA. Desmond Lowden. Emecé, 248 páginas. ₳ 110.000.

"Mentiras estúpidas, mentiras asquerosas, mentiras de gordito."

Uno de los protagonistas de esta novela es el típico gordito conflictuado, poco agraciado, pero muy perceptivo. Un diferente, en suma, a quien sus compañeros del colegio inglés —ultraconservador, religioso y deprimente— gustan tomar de punto. El otro es un delincuente frío a la hora de planear un delito pero con su costado de humanidad a cuestas, no vayan a creer. Novedosa pareja arquetípica pero que a lo largo de este thriller apenas si se cruzarán.

La idea de arranque de *Cono de sombra* es atractiva y casi una imagen. De vuelta de un paseo con sus compañeros, el gordito ve sangre roja saliendo de una furgoneta blanca. Todos la ven, pero el gordito es el único que cree que lo rojo es auténtica sangre. Profesores, alumnos y hasta el director lo van a persuadir de su error impulsándolo a que se olvide de todo. Pero, por supuesto, no fue un error. Adentro de esa furgoneta, que transporta papel para fabricar billetes de los grandes, se produjo una verdadera carnicería. Ahí entra a tallar el asesino profesional, Haskell, uno de esos especialistas en grandes golpes que sueñan en volverse ricos de una vez y para siempre.

A decir verdad, este thriller del británico Desmond Lowden merece ser tomado con ciertas pinzas. Discutible o no, su mayor sostén no es el suspenso sino la sordidez de los ambientes que describe, puestos en paralelo, y el perfil de sus criaturas. No escapará a la mirada atenta que la trama evoluciona desde uno y otro extremo de la escala humana: los niños del colegio, todos precoces, todos bastante anómalos —y que al fin y al cabo están dando sus primeros pasos en la civilización— pueden ser confrontados capítulo a capítulo con esos seres bastante terminales que lo único que pretenden es terminar más o menos enriquecidos sus días. Entre ellos se destaca el adláter de Haskell, su informante sobre los movimientos de transportes de caudales y a quien, enfermo terminal con un pronóstico de seis meses de vida, lo único que le importa es darse una buena vida con chicas y comidas.

La sordidez de esta novela es mucha, el suspenso poco, o mejor dicho, calculadamente escamoteado para dejar que se filtren los guiños del autor, quien hace gala de un buen manejo de los diálogos y ese humor que el lugar común tiende a definir como británico, y algo localista. Pero lo mejor, fuera de toda duda, lo que resuena una vez terminado el libro, es la aventura iniciática de Joffrey quien, al final del recorrido, ya no será tan gordito como al comienzo.

CLAUDIO ZEIGER





...aradójica que cierra la escuela ...serbia.

...ritmo ...nubio

infinidad de personajes secundarios y algunos personajes principales desgarrados existencialmente van entrecruzando sus historias particulares con la otra protagonista: la Historia. Un guerrero que se debate conduciendo un regimiento de serbios al servicio de los austríacos; una esposa que se hiere de muerte (estando embarazada, la pobre) por haber practicado el adulterio con el hermano de aquél, un mercader codicioso; una tierra acechada por los turcos; la búsqueda de un imperio sobrenatural, el de Rusia, son algunos de los tantos elementos que se conjugan en la trama.

Podemos contraponer esta *Migraciones* a otra obra de la misma cultura que circula entre nosotros actualmente: el *Diccionario Jázaro*, de Mirolav Pavic (Anagrama). Mientras esta última novela parece jugar, casi borgeanamente, con ficciones y culturas, con una literatura que se mueve entre la vanguardia y lo clásico en lo narrado, *Migraciones* se ofrece como un catálogo de reminiscencias añejas donde se plasman, bajo un barniz realista que se vuelve épico, todos los elementos que hacen al romanticismo más convencional: descripción de paisajes que se parecen demasiado a los estados de ánimo de los personajes; un negativismo cósmico que atraviesa todas las acciones que están destinadas al fracaso más cruel; un estilo muy adornado y adjetivado, pero lleno de lugares comunes.

Cernianski fue hecho prisionero en 1914 durante la Primera Guerra, fue enrolado en el ejército austríaco y debió luchar contra su propio país. No es extraño, entonces, que haya novelizado las absurdas contradicciones de su pueblo, que se parecen bastante a la que él mismo vivió en carne propia. Contradicciones que de un modo mucho más actual reelaborarán escritores de posguerra como Danilo Kis o Dragoslav Mihailovic.

Mientras tanto, los lectores que saben disfrutar de las novelas casi, casi infinitas pueden embarcarse en esta historia que, más allá de todos los clichés neorrománticos de que hace gala, parece discurrir con el lento ritmo del Danubio del que se habla en sus páginas.

P. B. REY

El gordito y el lobo

CONO DE SOMBRA. Desmond Lowden. Emecé, 248 páginas. ₳ 110.000.

Mentiras estúpidas, mentiras asquerosas, mentiras de gordito."

Uno de los protagonistas de esta novela es el típico gordito conflictuado, poco agraciado, pero muy perceptivo. Un diferente, en suma, a quien sus compañeros del colegio inglés —ultraconservador, religioso y deprimente— gustan tomar de punto. El otro es un delincuente frío a la hora de planear un delito pero con su costado de humanidad a cuestas, no vayan a creer. Novedosa pareja arquetípica pero que a lo largo de este thriller apenas si se cruzarán.

La idea de arranque de *Cono de sombra* es atractiva y casi una imagen. De vuelta de un paseo con sus compañeros, el gordito ve sangre roja saliendo de una furgoneta blanca. Todos la ven, pero el gordito es el único que cree que lo rojo es auténtica sangre. Profesores, alumnos y hasta el director lo van a persuadir de su error impulsándolo a que se olvide de todo. Pero, por supuesto, no fue un error. Adentro de esa furgoneta, que transporta papel para fabricar billetes de los grandes, se produjo una verdadera carnicería. Ahí entra a tallar el asesino profesional, Haskell, uno de esos especialistas en grandes golpes que sueñan en volverse ricos de una vez y para siempre.

A decir verdad, este thriller del británico Desmond Lowden merece ser tomado con ciertas pinzas. Discutible o no, su mayor sostén no es el suspenso sino la sordidez de los ambientes que describe, puestos en paralelo, y el perfil de sus criaturas. No escapará a la mirada atenta que la trama evoluciona desde uno y otro extremo de la escala humana: los niños del colegio, todos precoces, todos bastante anómalos —y que al fin y al cabo están dando sus primeros pasos en la civilización— pueden ser confrontados capítulo a capítulo con esos seres bastante terminales que lo único que pretenden es terminar más o menos enriquecidos sus días. Entre ellos se destaca el adláter de Haskell, su informante sobre los movimientos de transportes de caudales y a quien, enfermo terminal con un pronóstico de seis meses de vida, lo único que le importa es darse una buena vida con chicas y comidas.

La sordidez de esta novela es mucha, el suspenso poco, o mejor dicho, calculadamente escamoteado para dejar que se filtren los guiños del autor, quien hace gala de un buen manejo de los diálogos y ese humor que el lugar común tiende a definir como británico, y algo localista. Pero lo mejor, fuera de toda duda, lo que resuena una vez terminado el libro, es la aventura iniciática de Joffrey quien, al final del recorrido, ya no será tan gordito como al comienzo.

CLAUDIO ZEIGER





M U S I C A

Bartók, o la invención del folklore

Polifonía cultural, nacionalismo estético, y las sombras de Strauss y Debussy confluyeron en lo que se considera una de las obras más complejas y seductoras del siglo XX.



DIEGO FISCHERMAN

El 3 de setiembre de 1939, luego de una serie de pactos incumplidos, Inglaterra rompe relaciones con Alemania, arrastrando en su decisión a Francia e iniciando la Segunda Guerra Mundial.

Hungría, anexada de hecho por el Tercer Reich desde 1938, no necesitó esperar ese momento para sentir los efectos de la política del canciller Hitler.

"...lanzarse a lo desconocido desde lo que es conocido pero intolerable...", escribía Béla Bartók en el barco que lo conducía, ya enfermo de leucemia, a su exilio neoyorquino.

Sus obras estaban prohibidas en Alemania e Italia desde el '37 y en su país desde el '38. Activo simpatizante de la Resistencia, fue convencido por sus propios camaradas, en 1940, de escapar junto a Ditta Pásztory, su segunda esposa.

AL ESTE Y AL OESTE. Bartók había nacido en 1881 en Nagyszentmiklós, un pueblo —como toda Hungría— surcado por tradiciones europeas y asiáticas.

Sus padres, un cellista y una maestra de escuela, pianista amateur, lo iniciaron en el culto a las reuniones musicales y al repertorio germano: "...cuando tenía 18 años me encontraba estudiando la literatura musical de Bach a Brahms y empezaba a componer bajo la influencia de este último...", escribió en su autobiografía de 1923.

La polifonía cultural de su tierra y el nacionalismo estético de finales del siglo XIX, el hipercromatismo de Richard Strauss y, más tarde, Debussy y su personal revolución francesa, completaron los materiales con los que se constituiría una de las obras más complejas, originales y seductoras de este siglo.

"...con Kodály buscábamos la síntesis de Oriente y Occidente que nuestra situación geográfica nos imponía...", cuenta en sus *Escritos sobre música popular* quien, paralela o más bien consecuentemente con la composición, investigó y recopiló el auténtico folklore ("no la música gitana, la que los exotistas confunden y quieren hacer pasar como *lo húngaro* por antonomasia") de Hungría, Rumania y Checoslovaquia.

UNA FLOR Y OTRA FLOR. Enemigo del pintoresquismo, Bartók jamás transcribió textualmente temas populares ni incorporó giros que los evocaran como detalles turísticos. Más bien construyó a partir de ellos, inventando un folklore imaginario.

Si lo que decía Roland Barthes sobre la obra de arte como explicitación de teorías es cierto, nunca tan evidentemente como en ese pequeño grupo de compositores que, junto a Beethoven, Stravinsky y, por qué no, John Lennon, Bartók integra.

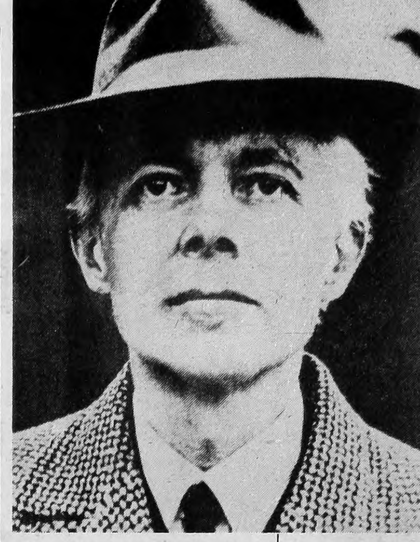
Desde sus tempranas *Un príncipe de madera* y *El castillo de Barba Azul* hasta el descarnado ensayo formal de la *Música para percusión, cuerdas y celesta* y el *Concierto para orquesta*, cada una de sus composiciones implica una visión sobre el arte: una pregunta sobre qué es lo que el arte es y una respuesta.

El lugar que Beethoven otorgó a sus sinfonías y, en su última producción, a las sonatas para piano y los cuartetos de cuerdas como discurso sobre la forma, está ocupado, en Bartók, sobre todo por este último género. Abstracto por excelencia, en el cuarteto para cuerdas no pueden existir las *distracciones* del virtuosismo solista o la variedad tímbrica. Todo en él es estructura expuesta.

Cada uno de los seis cuartetos que Bartók escribió en el lapso de treinta años (1909-1939), consolida y sintetiza un período. Como una flor, cierra un proceso y encierra las semillas del próximo.

LA HOGUERA DE LAS VANIDADES. Como gran parte de los músicos europeos que huyeron de la guerra, pensó encontrar, en el promisorio nuevo mundo, la paz.

Los Angeles asilaría a Stravinsky y Schönberg. Georges Antheil primero para Cecil B. de Mille y Bernard Hermann más tarde para Hitchock encontrarían en el cine una manera de insertarse en el mercado. Bartók, que ya había estado en Estados Unidos anteriormente y contaba allí con buenos contactos —había incluso tocado con Benny Goodman, para quien, junto al violinista Joseph Szigeti, había compuesto los *Contrastes para clarinete, violín y piano*—, halló, en cambio, lo que a fines del '42 definiría como un "casi boicot". Dependiendo exclusivamente de unos pequeños honorarios acordados con la Universidad de Columbia e imposibilitado de cobrar las regalías europeas de sus obras, debía cancelar, para peor, muchos de los pocos compromisos que contraía como pianista, debido a su enfermedad.



Béla Bartók: "...lanzarse a lo desconocido desde lo que es conocido pero intolerable..."

Por pedido de Szigeti, la Fundación Koussevitsky le encomendó, en 1943, una obra orquestal, pagándole por ella 1000 dólares. Bartók, inseguro de poder terminarla, aceptó sólo 500.

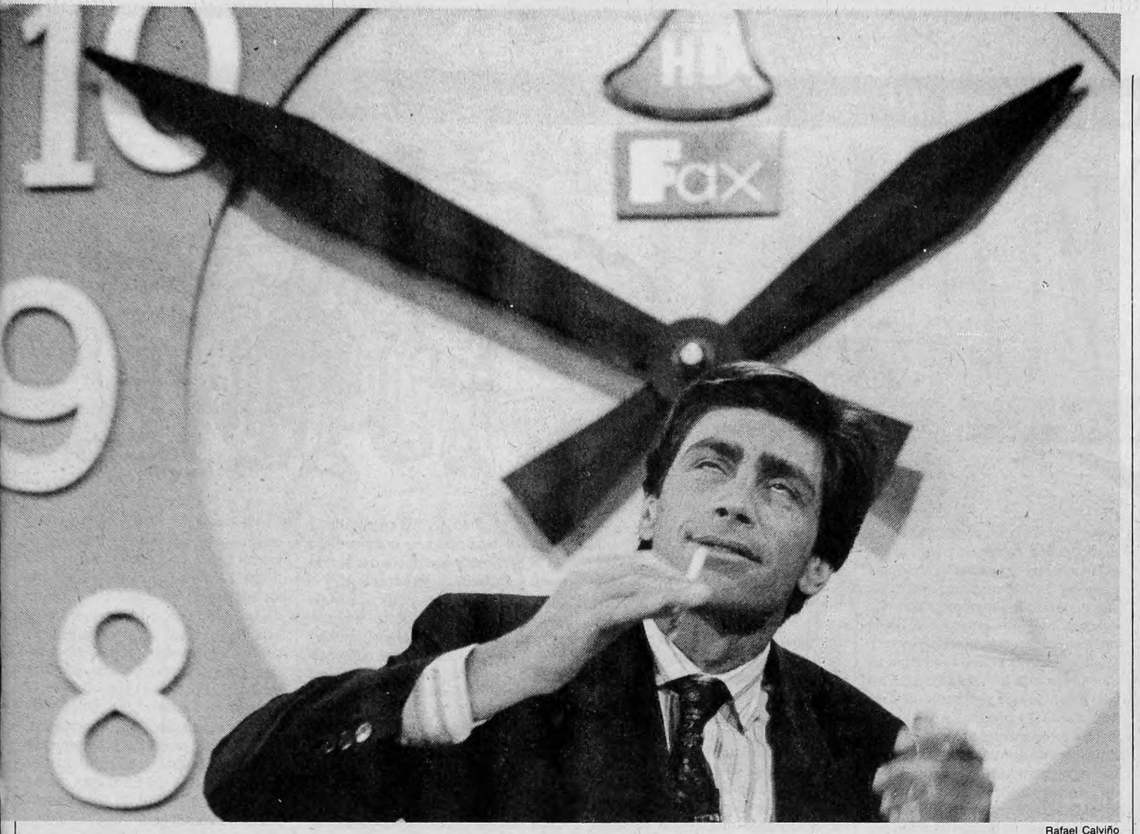
SETIEMBRE. En 1945, dejando inconclusos el *Concierto para viola* y su *Tercer concierto para piano y orquesta*, murió el 26 de setiembre en Nueva York.

En Buenos Aires, mañana, 9 de setiembre, podrá escucharse una de sus obras más importantes: el *Cuarteto para cuerdas N° 4*, compuesto entre julio y, una vez más, setiembre, de 1928.

Estructurado en cinco movimientos simétricos que extraen su material del central, fue comparado por su autor con un molusco cuya carne sería el nuclear movimiento, con el primero y quinto actuando como las valvas.

El Cuarteto Bartók, integrado por Péter Kómlos y Géza Hargital en violines, Géza Németh en viola y László Mezö en cello, está considerado como uno de los mejores del momento. Ganador del Grand Prix del disco europeo por su integral de los seis cuartetos para el sello francés Erato, completará el programa con el *Cuarteto en Sol Mayor Op. 74*, de Franz-Joseph Haydn y el *Cuarteto en Do Mayor Op. 59 Rassoumotsky*, de Ludwig Van Beethoven.

(Cuarteto para cuerdas N° 4, *de Béla Bartók, interpretado por el Cuartero Bartók mañana a las 20 en el Teatro Coliseo)*



Rafael Calviño

TELEVISION

Fax: has recorrido un largo camino

CECILIA ABSATZ*

Impertinencia imprevisible, genuina curiosidad, hiperkinetismo confeso y observación prolija son los ingredientes a partir de los cuales Nicolás Repetto concreta aquel sueño popular: invadir sin violencia alguna un estudio de televisión y mantener sin mayor esfuerzo al espectador como agradecido rehén.

"Fax" comienza como muchos otros programas de televisión, con una "cortina" visual de imágenes breves y caprichosas montadas con precisión sobre los pliegues de la música. Las cosas, la gente, un cerrojo, un (1) aplauso, unas piernas ominosas que se lanzan al abismo de la bocacalle, el ojo en la tormenta de una licuadora, zapateo y alguien que se queda dormido sobre el acorde final. Hay tiempo incluso para contar una historia de nalgas y carterazos, que no es lo mejor.

En la pared del fondo se ve el logotipo del programa; tres chicas en shorts te saludan cantando y se ríen: parecen estar de excelente humor. Como su nombre lo indica, en el programa tienen un fax (que no se ve) y lo usan: el número aparece en pantalla y cualquiera puede enviar.

El anfitrión de "Fax" es Nicolás Repetto. No sólo eso, también es el director general del programa y el autor de la música. Algo le pasó a Nicolás Repetto. Sigue tan simpático y apuesto como siempre, pero está cambiado. Algo le pasó a este tipo de programa, en realidad. Ya no se sientan cuatro chicos vivarachos alrededor de una mesa a gastar al prójimo. Si hay algo evidente en "Fax" es que nadie se cree muy vivo.

María Laura Santillán y Juan Carlos Mendizábal acompañan a Repetto en la conducción. Las notas son brevísimas, a veces de diez o quince segundos, a veces de un par de minutos, cada una con su propia gráfica, con su propia música, con su propia estética: Quick, una frase de Mónica Gutiérrez; Verdurita, un señor en ¿San Diego? que recicla pelotas de golf; un graffiti que proponen los chicos por teléfono: Caminante no hay camino, firmado Vialidad Nacional.

Las tres chicas anuncian las notas y se han convertido en los signos de puntuación del programa: dos puntos, coma, y puntos suspensivos: pegan un salto y se quedan flotando en el aire. Siguen de excelente humor.

Llega un invitado, Alejandro Dolina. Lo reciben Nicolás Repetto y María Laura Santillán. Detrás del escritorio hay un reloj de dimensiones colosales, una escenografía efectiva y cruel. "¿Qué es lo más importante?", le pregunta María Laura Santillán. "El amor y el conocimiento", contesta Dolina sin vacilar. "¿Qué es lo más importante para hacer un programa de televisión?", insiste Santillán. "El amor y el conocimiento", insiste Dolina.

Un poco más tarde, dedicado a negar su melancolía, Dolina comienza a dudar de todo y del talento que tanto celebran sus admiradores. ¿No será una cargada?

—A vos puede ser te carguen —lo frena Repetto—, pero a mí no me vengas a deprimir el programa.

El estilo de Repetto es el sueño popular al fin logrado: pregunta con la genuina curiosidad del que no sabe y eso lo vuelve invulnerable. Por otra parte, tiene la dosis exacta de impertinencia, exacta no porque sea poca o mucha, sino porque la ejerce con todo el mundo por igual. Lo mismo con Alejandro Dolina, con Norma Aleandro —no cuando afirma que en sus ratos de ocio lee a los clásicos sino cuando dice al pasar que su abrigo es de Elsa Serrano—, o con Mera Figueroa, aún ministro, cuando trata de explicar un precipitado viaje a Francia.

Al terminar el reportaje se ve un público monumental que aplaude de pie. El Colón, Woodstock, los festivales de Zagreb. En este programa reciben a los invitados con un coro de chicas y los despiden con una ovación.

Siguen las secciones. ¿Qué es de la vida de...? Un reportaje a alguien de quien no se oye hablar desde algún tiempo, hoy el actor Juan Vitali. No sé si me muero de ganas de saber qué es de la vida de Juan Vitali pero nunca vi una entrevista editada en esta forma. Santillán hace la pregunta. La respuesta está recortada con un afilado bisturí que despeja todo lo innecesario. La imagen vibra un instante y se apoya suave como un suspiro en la pregunta siguiente. Según los cartones, el editor se llama Pablo Roll.

Una sección de cocina cantada por las tres chicas (un poco agotadora), una "colada" (Alejandra Majluf) que hace entrevistas a la farándula en tono de farsa (no sé qué decirte), Momento de Reflexión (revistas, etc.), una grafóloga, una mentalista, Oficios Extraños, un número musical y Coiman (Pablo Codevila), una especie de increíble Hulk que se pone verde y le sale el monstruo cuando alguien le pregunta "¿Cómo podemos arreglar?".

María Laura Santillán dice un Noticiero Leve. No trabaja de mujer (aunque muestre la ropa que lleva puesta), ni siquiera de mujer inteligente y con opinión. Tampoco es una cómica ni una vamp. Simplemente es una profesional que hace bien su trabajo y es obvio que le gusta.

Siguen las notas con el mismo ritmo y ninguna taquicardia, más bien felicidad y (rarísimo) modestia. Cuando Repetto anuncia Superduper, una sección donde pasan desfiles de modas, dice "es lo mismo que usted puede ver en cualquier otro lado", que por otra parte no es cierto. Cuando Mendizábal lee un fax que hoy no resulta tan gracioso, Repetto le dice "Haceme acordar que te eche". Señala los errores y se disculpa por ellos, pero no se autofelicita por los aciertos. Salvo la ropa —que no molesta— no hay avisos publicitarios fuera de las tandas. Prácticamente no hay chistes privados. En todo caso se concentran en una críptica "Plegaria" final que tal vez no entiendas pero no importa: es bella y diferente. Cada vez que puede Repetto nombra a su mujer, Reina Reech: es evidente que la ama. Según los cartones ella es responsable de la puesta musical y muy probablemente sea responsable también de la nueva forma en que Repetto trata a las mujeres que pasan por su programa: con cuidado y respeto, y con el mejor de los homenajes que es el interés.

La cortina final del programa es de alguna manera opuesta a la de apertura. Está hecha en cámara lenta y muestra algo que parece la trastienda de "Fax" o una fiesta o ambas cosas a la vez. Una banda de jazz toca un tema de esos que dan ganas de bailar; actores y técnicos caminan como entre nubes con sombreros blancos y prolongada sonrisa. Todos están contentos. Yo también.

** Escritora y periodista. Ultimo libro publicado:* Los años pares.

EL CAZADOR OCULTO

Patricio Echegaray, secretario general del Partido Comunista.

Marcelo Longobardi: ¿De qué vive un comunista argentino?

P.E.: Actualmente soy funcionario del Comité Central del PC.

M.L.: A usted le pagan los rusos.

P.E.: Es una barbaridad decir eso. Me pagan los afiliados a mi partido. Lo que estás diciendo es casi una provocación. Es como si yo dijera que a vos te pagan los yanquis o cualquier cosa así (...) A mí me pagan los afiliados a mi partido que cotizan...

M.L.: ...en la Bolsa.

Fuego cruzado. Canal 9. Agosto 27, 22.41 hs.

Juan Carlos Baglietto, músico.

Mirtha Legrand: A esta algura de mi vida que me hablen de erotismo...

J.C.B.: Hay que mantener el erotismo en alto...

M.L.: Que no baje nunca, que no decaiga... Es un poco difícil...

J.C.B.: La cabeza lo puede todo.

Almorzando con Mirta Legrand. Canal 9. Agosto 28, 14.07 hs.

Alberto Albamonte, candidato a gobernador (UCeDé), provincia de Buenos Aires.

—Lo digo con toda humildad y con toda sensatez. Hoy, 2 de setiembre, estoy segundo (en las encuestas).

Marcelo Longobardi, el preferido de Menem y el mío, por distintas razones.

—*Ambito Financiero* publica hoy los programas de televisión que ve mucho más la gente de clase alta. Yo debo ser de clase baja, porque no coincido con el diagnóstico de *Ambito*.

La opinión de la mañana. Radio del Plata. Agosto 1°, 7.30 hs.

Daniel Mendoza, crítico de arte, miope.

...llegó Drácula. A pesar del miedo que pueda sustituir (sic), *Drácula* se instaló desde anoche.

Despertar al país. ATC. Agosto 30, 7.35 hs.



Hubo una vez un puente

JOSE NUN*

1 En buena parte del mundo, el siglo XX se inició en un clima de grandes enfrentamientos ideológicos: era una época de "ismos" fuertes en los que mucha gente se reconocía. Después, en la "década silenciosa de los 50", cuando el siglo promediaba, algunos creyeron que las ideologías habían llegado a su fin, liquidadas por la ciencia y por la técnica. Era una interpretación optimista, con resonancias tardías del mito decimonónico del progreso. Según se sabe, no logró resistir el embate de los años 60. Ahora que el siglo se cierra, la tesis del fin de las ideologías ha vuelto a cobrar ímpetu, robustecida por el derrumbe estrepitoso del experimento comunista soviético. Sólo que, desprendida de su optimismo anterior, esta vez nos propone una aceptación sobre todo pragmática del mundo tal cual es: que haya 32.000.000 de pobres en el país más rico de la Tierra no le quita a éste nada de su ejemplaridad ni es motivo válido para creer que puedan existir alternativas mejores; indica nomás que ciertos problemas son difíciles de resolver.

Hay que admitir que este realismo finisecular tiene una fuerza considerablemente superior a la de aquellas versiones optimistas de los años 50. Basta un instante de reflexión (el actual proceso electoral argentino da materiales de sobra) para comprobar que el argumento acerca del fin de las ideologías resulta hoy más verosímil que nunca; y en política, decía Aristóteles, cuenta mucho más un verosímil imposible que un inverosímil posible. Por eso me parece que se engañan quienes creen que alcanza como refutación con decir que el del fin de las ideologías es un argumento en sí mismo ideológico. Aunque esto sea cierto, si el tema se ha vuelto tan persuasivo es porque explota y organiza a su manera varios elementos que son verdaderos; y haríamos mal en ignorarlo quienes no hemos renunciado a construir mundos mejores.

2. El principal de esos elementos remite a los orígenes mismos de las ideologías políticas modernas. Estos orígenes son indisociables del triunfo del racionalismo en la Europa de fines del siglo XVIII y de la constitución de un espacio público en el que la fe, la tradición o el status del emisor dejaron de ser credenciales suficientes para que una definición de la realidad ingresara con éxito al debate político. Se requería una fundamentación racional; y las ideologías políticas aparecieron entonces como el puente necesario entre un sistema tendencialmente cerrado —el del conocimiento teórico, que debía proveer esa fundamentación— y otro tendencialmente abierto —el de la vida cotidiana de los ciudadanos, a los que se trataba de persuadir—. Esto las llevaba a incorporar en grados variables componentes afectivos y prescripciones de índole moral a una matriz cuya estructura básica les ha sido, sin embargo, característica: las ideologías políticas modernas formulan sus proyectos de movilización pública destinados a mantener o a cambiar el orden establecido apelando siempre a una explicación racional de la realidad, a un informe sobre cómo son las cosas en que fundan sus propuestas acerca de lo bueno y de lo posible y del modo de alcanzarlo. Por eso, reformistas o revolucionarias, desde el siglo XIX sus expresiones de izquierda se han apoyado en una doble certeza: por una parte, la capacidad de la ciencia para interpretar adecuadamente el mundo y, por la otra, la aptitud del hombre común para procesar y hacer suya esta interpretación uniendo la teoría y la praxis.

¿Pretensión ingenua? Menos de lo que parece cuando se toman en cuenta no sólo los avances espectaculares que realizaba la ciencia sino también el inédito desarrollo que tuvieron los sistemas públicos de educación y una revolución en las comunicaciones que inauguró la producción y circulación masivas de diarios, revistas, panfletos y libros, soportes materiales de ese puente de doble mano que se empeñaban en tender los discursos ideológicos. Porque éste es el punto que quiero enfatizar aquí: las ideologías políticas modernas —no únicamente las de izquierda pero sobre todo ellas— están ligadas indisolublemente al acceso colectivo a la *palabra escrita*. Si algo las simboliza es la figura de esos trabajadores que leían y discutían juntos el periódico obrero en el taller y que, por las noches, se encontraban en la biblioteca socialista del barrio para informarse y organizarse.

3. La historia les jugó una mala pasada a todas esas expectativas. Las teorías sociales se revelaron mucho más frágiles e incompletas de lo que se había imaginado —o la realidad mucho más dinámica y rebelde, que es lo mismo. A la vez, la distancia entre los lenguajes de la ciencia y de la vida cotidiana se fue tornando abismal. En cuanto a las prácticas políticas, lejos de cumplir una función de puente, tendieron a rebajar cada vez más el esclarecimiento de las opiniones a un mero problema de manipulación técnica que ahora se resuelve contratando a expertos en propaganda y a asesores de imagen. Y, para completar el cuadro, la palabra escrita —con el distanciamiento reflexivo y crítico que potencialmente implicaba— ha sido desplazada por una proliferación de mensajes audiovisuales que fomentan la pasividad del receptor.

Hace cuarenta años, cuando empezó a hablarse del fin de las ideologías, la televisión estaba en pañales. Desde entonces, su fenomenal crecimiento tiene ciertamente más importancia que la caída del Muro de Berlín para explicar la plausibilidad que ha adquirido esa tesis. Sin duda, el debate ideológico sigue (y seguirá) existiendo en sus formas discursivas conocidas, aunque más fragmentario y menos seguro de las grandes verdades. Pero esto sobre todo en el interior de ámbitos culturales y de círculos académicos restringidos, cuyos códigos le son crecientemente ajenos al hombre de la calle. Entretanto, cada día del año, éste queda expuesto al martilleo de una "industria de la conciencia" que, en nuestro país aun más que en algunos otros lugares, en los últimos tiempos ha conseguido naturalizar sin demasiados inconvenientes los dogmas del neoliberalismo como aquello que se toma por dado.

Es en este sentido específico que, al cabo de dos siglos, estamos asistiendo efectivamente al ocaso de las ideologías políticas y, con él, al fin de una época. En una punta, las grandes narraciones de la historia se hallan en crisis y las nuevas explicaciones no están listas para transitar el puente (y quizás sean muy anchas y pesadas para poder hacerlo alguna vez); en la otra, de todas maneras el puente se quedó trunco. Lo cual no significa que en política deba imponerse necesariamente la irracionalidad ni que los medios sean adoctrinadores homogéneos e imbatibles. Insisto en que nos hallamos ante un cambio de época. No hay (nunca hubo) una sino múltiples racionalidades y los discursos dominantes están plagados de lagunas y de contradicciones. Más importante todavía, el sentido común de los explotados suele encerrar un núcleo de buen sentido que históricamente ha demostrado ser muy tozudo. Pero para llegar a él es necesario que la izquierda comprenda que el viejo puente ya no funciona y que no se trata de esperar que lo reparen sino de construir caminos radicalmente nuevos. Todo está en cuestión. Aunque si algo es seguro es que la alternativa no pasa por copiar los gestos del amo, yendo a almorzar con Mirtha o metiéndose en la cama con Moria.

** Investigador del CONICET, sociólogo, profesor en la Universidad de Toronto. Ultimo libro:* El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias *(con Mario Lattuada)*